

1

La novela de los recuerdos

(fragmentos de un diario íntimo)

por Augusto Thomson.

Despidiendo a las buenas tías, abuela, mis hermanas y yo salimos hasta la puerta. Tía Lúcia, de cuyo alegre carácter creo haber dado una idea en páginas anteriores hacia bromas sobre la pobre Dora que esperaba en balde mi regreso pues seguramente alguna demoiselle me cojerá entre sus redes, yo protestaba con ^{culos} ~~fuego~~ pero nuestra discusión no conseguía arrancar a las mujeres sino pálidas sonrisas y en cambio las sorprendí varias veces con el pañuelo en los ojos.

Las visitantes se fueron. Las vi alejarse por la calle oscura y todavía de lejos me vinieron sus adiós, el de Tía Learmen último

Adiós, adiós!

Sea por la distancia que ya nos separaba, por la tiniebla o porque la sombra de un presentimiento velara su voz aquella palabra tuvo para mí su verdadera acepción.

A Dios! - giré en la dirección que las había visto alejarse.

Valparaíso Enero 4. (Hotel H.B.M. *)

Señalando al llegar esta tarde por el ordinario el administrador del hotel, después de inscribir mi nom

bre señaló al moro que llevaba mi maleta la pieza número 15 sentí que daba el primer paso por el camino en que voy a internarme. La separación de mi familia ~~en Santiago~~ ni la despedida de los amigos en el andén, las siete horas de viaje solitario, el mismo desembarco en una estación donde ya nadie me esperaba, la travesía por una ciudad donde nadie me conocía, nada me reprochó mi abandono y mi ~~extranjero~~ como era sencilla anotación en un registro de pasajeros del nombre que "los nicos" pronunciaban con tanta ternura: ^{buena voluntad después} ~~ya~~ ^{acompañaría} ~~habitaría~~ por una noche: "Desde ahora hasta tu último lecho no serás sino un número" parecía advertirme una voz desapadrada.

El cuarto me produjo la impresión que seguramente me producirían ^{todos los que aquí} de aquí en adelante ~~todos los que habitarán~~ los cuartos amueblados, dotados del menaje indispensable, sin una baratija superflua, sin un adorno de esos que dan su tono al hogar se parecen todos y en ellos donde se aúna la propia personalidad resulta uno más insignificante, más pávido en el vasto mundo. Las mismas alfombras raídas y las cortinas floreadas, el lecho con chinchas, la mesita de noche con su botella de agua y su vaso, el sillón gracioso en el espaldar, el sofá, dos o tres sillas; en las paredes, cubiertas de papel oscuro, diversos cromos. A veces en el espejo del tocador se encuentra, testimonio de una noche de mercenario amor en la alcoba mercenaria una fecha y dos iniciales grabadas con el diamante de un anillo. A veces también horquillas torcidas o cabellos de mujer entre los cojines del diván. Casi siempre en la saliviera colillas de cigarro. Pero de las personas mismas nada íntimo conserva el cuarto. Pasaron y seguirán pasando por él tan fugazmente que lo poco que dejan se va con el polvo en el sol cuando el sirviente vuelve los colchones y sacude los cobertores la mañana de la partida.

Una vez cerrada la puerta que da a un largo pasillo, estrecho y lóbrego como de casa de baños y sintiendo frío en la ~~permanencia~~ fui al balcón, lo abrí de par en par y los últimos rayos del sol bajaron hasta la alfombra en un puente irizado donde brillan átomos multicolores. Con

fatiga mire a esas gentes anónimas que, al parecer sin objeto iban y venían por la calle que se extendía a mis pies como por una rana las hormigas. Arriba, más arriba de mi balcon, porque apenas estoy en un segundo piso y el hotel tiene cuatro, entre la red de alambres electricos se veía el cielo cual luminoso arroyo azul que corriese por lo alto, entre dos murallas de sique. Las aves bogaban en el batiente sus alas como velas hechas al viento mientras nosotros los hombres permanecíamos en el fondo. A poco mi atención fué interesándose. Enfrente, sobre una ancha manopara de cristales hai un letrero "Salon Ruso", mas lejos el viento batia una muestra que se avanza al centro de la calle "Coiffeur" y otros y otros anuncios cubren las fachadas. Lo mismo que cuando empecé a pisar la ciudad desde la estacion del puerto, de cobos en la balaustrada yo trataba ahora de reconocer todo esto que debí haber visto alguna vez siendo niño. Desde el wagon vinome asaltando el recuerdo de aquel primer viaje a Valparaíso al que volaba por primera vez y meció por el traqueteo adormecedores del tren todos sus desastres habian acudido ya a mi memoria. Trece años, trece años dormian y bastó para despertarlos la analogia de situaciones. Entonces como hoy el afán de probar fortuna nos sacó del terreno. Los proyectos que ahora me hago a mi mismo, me los dormí los oí discutir al pie de mi cama hace trece años entre mi madre y mi abuela. Polvos mujeres! Un poco aventuradas ellas también, como a mi las esperanzaba el cambio de horizonte. Vivimos en la espera de algo que no llega y pensamos que marchando le saldremos al encuentro. La luna de miel de la anciana habia transcurrido en el puerto, su hija nacida en el guardaba de su infancia los luminosos recuerdos que alumbran una vida entera. Confiraron en la proteccion de algunos ricos parientes radicados allí y volviendo al mar, la gran sirena, las atrajo como a todos los que ~~han sido~~ ^{han sido} en sus riberas.

Solamente a los que fueran ^{si tan fuerte memoria tengo de el} ~~dichos~~ en sus riberas? Porque ha sido entonces la nostalgia de mi vi-

da? El mar! Yo que sabía cuando el tren se acercaba a Vña que al fondo de una de las callejuelas debía versele espere en la plataforma con angustiosa ansiedad y cuando apareció y se ocultó como un relámpago su confín azul, maravillosamente me descubrió. Después se siguieron las fábricas, los feos galpones de Lever-Murphy y de improviso el tren desembocó a la costa. Una polvareda de sol opuscula los cerros distantes y caía sobre el mar extendido a nuestra vista, libre y resplandeciente bajo el espacio vibrado que cruzan en banda las gaviotas. Azul y azul, la infinita dulzura del azul lo dominaba todo. Las olas en tumultuosa avalancha venían a romperse con estruendo ^{en los peñascos} y ~~hums de invisibles trenes~~ las espumas corrian por las crestas, lanzaban puñados de ^{espuma} ~~espuma~~ por ^{encima de jellas puntiagudas} ~~sobre las desmenuzadas rocas~~ se sacudían entre sus vertientes, despleaban su cruziente sábana de nieve, ^{sobre} ~~luminan~~ el oro en polvo de la arena y velaban con suhalito el espejo negro de la playa donde retozaban algunos grupos de niños, dorada su desnudez en el ambiente de fuego. Al correr del tren, como en un cinematógrafo se les veía particular sin gritos y huir cuando ^{la brisa marina representaba un presentimiento de muerte} una ola venía. En el lejan cada vez más próximo, en medio ^a de la herradura formada por los cerros que encierran la bahía aparecieron los primeros mástiles, los balleneros, las goletas de dos palos, después los grandes barcos de guerra, insignificantes en aquella inmensidad y luego las embarcaciones pequeñas, ^{que} ~~que~~ pallas como para defenderse. Nos aproximábamos a nuestro destino. La locomotora jadeante acortaba su marcha. Fue preciso que tornara yo al